

## HOMENAJE A D. JOSÉ ACEDO

Por *ROGELIO REYES CANO*

Excmos. e Ilmos. Señores Académicos,  
Queridos familiares y amigos de Don José Acedo,  
Señoras y Señores :

Es práctica habitual dentro del mundo académico la celebración de sesiones públicas dedicadas a homenajear a los compañeros que ya nos dejaron. Con ello las Academias cumplen con un deber de gratitud hacia aquellos que dedicaron sus esfuerzos a la noble tarea de la investigación científica , la creación artística o el cultivo de las humanidades. Al igual que otros centros culturales, las Academias se sustentan y justifican en el largo discurrir de la sabiduría humana, una cadena formada por los esfuerzos sucesivos de tantos como en el curso de los tiempos se han sentido atraídos por la reflexión intelectual y los deseos de indagar en la naturaleza de las cosas. Siempre resulta por ello una dolorosa tarea recordar a los compañeros que compartieron con nosotros esos mismos afanes y que ya han desaparecido de nuestro horizonte diario. Pero hay momentos en los que esa sensación de pérdida se tiñe de acentos especialmente agudos. Y éste de hoy es sin duda uno de ellos, porque rendimos homenaje a un amigo y un compañero que ha gozado en altísima medida de la consideración y el cariño de todos cuantos formamos parte de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras : Don José Acedo Castilla, miembro Preeminente de nuestra Corporación, persona de

relevantes valores humanos y profesionales dedicada al menester académico con una entrega, un entusiasmo y un espíritu de colaboración nada comunes. Todo ello hace doblemente dolorosa su ausencia, y al decir esto me hago portavoz no sólo de la consideración y el reconocimiento intelectual que los miembros de esta Casa sentíamos por la persona de Don José sino también del auténtico cariño con que él nos trataba y nosotros le correspondíamos.

No vean en mis palabras la menor concesión a la retórica ni a ningún otro ritual necrológico que pondere por elevación sus cualidades. Nada más lejos de mí en estos momentos y desde luego del propio espíritu de Don José, que, fiel a su modo franco y directo de hablar, se sentiría muy incómodo oyéndonos soltar pompas laudatorias o remilgados elogios de su persona. Me ciño por ello a su peculiar laconismo expresivo para recordar que Don José Acedo fue, lisa y llanamente, además de un hombre de mérito, alguien que tenía el raro don de hacerse querer Y por eso la Academia vive esta noche dos sensaciones que pueden parecer contradictorias pero que en verdad no lo son : la tristeza de su pérdida pero también la alegría de poder hablar de él, de comentar sus cosas, de darle en cierto modo nueva vida, de resaltar sus valores, que fueron muchos, y de rendir homenaje a una existencia colmada, vivida hasta el final con coherencia y lucidez, entregada a su deber de académico con una fidelidad y una voluntad absolutamente ejemplares. Mejor que por mis palabras, esto que digo podrán comprobarlo ustedes en las intervenciones de los académicos numerarios que hablarán a continuación. Los tres fueron muy estrechos amigos suyos y los tres van a darnos claves muy iluminadoras de su condición humana y de su obra intelectual. Por mi parte, sólo quisiera apuntar muy brevemente algunos juicios personales derivados de los doce años de vida académica que tuve el honor de compartir con él en esta Casa.

La primera vez que hablé con Don José Acedo fue hace ya mucho tiempo. Me lo presentó a comienzos de los años setenta el profesor López Estrada, pero fue un contacto tan fugaz que apenas si pude formarme ninguna idea de él. Sabía, eso sí, por mis lecturas de prensa, que era un hombre de relieve público en la Sevilla de aquella época : abogado de prestigio que era o había

sido Presidente del Tribunal Tutelar de Menores, de la Federación Andaluza de Fútbol y de los Círculos Balmes, Vicepresidente del Ateneo, Miembro del Consejo Privado de Su Alteza Real el Conde de Barcelona, articulista del diario ABC... Pero fue en 1991, cuando yo ingresé en la Academia, cuando pude ir apreciando sus verdaderas cualidades. Aprecio que pronto fue mutuo, al ir creándose entre los dos una corriente afectiva que nunca se interrumpió y que no hizo otra cosa sino crecer hasta los últimos momentos. Él estaba en la cumbre de su vida académica y en posesión de muchas de sus claves, y yo era totalmente bisoño en estas lides, en las que había desembarcado desde mi cátedra universitaria de Literatura Española. Pero sus consejos y sus siempre inteligentes confidencias, que él prodigaba con total desinterés, me abrieron mucho los ojos. Confió en mí cuando acepté la Secretaría de la Academia y fue uno de mis más fervientes valedores cuando asumí la Dirección. Nunca olvidaré sus magistrales lecciones en el arte de navegar por el no siempre fácil mundo académico, que él conocía perfectamente pues no en vano llevaba mucho tiempo dentro de él, no sólo en esta Academia de Buenas Letras ( en la que había ingresado en el año 1963) sino también en la de Jurisprudencia y Legislación y en otras varias (entre ellas la "Vélez de Guevara" de Écija, su pueblo natal), de las que era Correspondiente.

El trato sostenido en la Academia, a cuyas sesiones nunca faltaba, me fue revelando poco a poco el perfil humano e intelectual de Don José tal y como puedo verlo hoy. Como persona pronto me pareció un hombre de creencias sólidas y estables, con una visión del mundo muy clara y muy definida que él proclamaba y defendía sin complejos, incluso con un punto de vehemencia que en principio podría hacerle parecer algo brusco pero que en el fondo no era tal vez sino la expresión de una lealtad interior que se revelaba también en una coherencia de vida y de costumbres a las que se mantuvo fiel hasta el final. Pero siempre tuve la impresión de que sus certezas ideológicas y políticas estaban inteligentemente suavizadas por un fino sentido del humor que él sabía aplicar incluso en las circunstancias más dramáticas de la vida, empezando por sus mismos achaques, de los que muchas veces hablaba con auténtico desenfado. Es decir, poseía el raro

don de relativizar las cosas, incluso las suyas propias, que es una de las mayores muestras de sabiduría. Quizá por ello captaba con notable agudeza el lado humorístico o ridículo de las personas y las situaciones. Y eso, como digo, atenuaba con un aire de bonhomía sus aparentes rotundidades. Hablaba de manera directa, franca y escueta, sin reticencias ni circunloquios. Era una persona a la que se le veía venir. Entraba siempre por derecho, sin dobleces. Tenía un alto sentido de la lealtad personal e institucional y era – otro raro don- un auténtico amigo de sus amigos. No sé si habré acertado a describirlo de modo cabal en este brevísimo retrato suyo que hoy quiero dedicar a su memoria. Tal vez no sea del todo exacto, pero les aseguro que no puede ser más sincero. Así lo vi y así lo cuento.

En lo que respecta a su actividad como académico ya he anticipado también algunas cosas. Entre todas ellas quiero ponderar el estricto cumplimiento de sus obligaciones. No ya por su asistencia a las sesiones de los viernes, a las que rarísima vez faltaba, sino por el gran número de disertaciones que pronunció y publicó en nuestro Boletín *Minervae Baeticae*. Siempre estuvo dispuesto a colaborar. Y lo hizo disertando casi hasta el último momento con una lucidez mental y un tono de voz envidiables en una persona de su edad. Recuerdo con emoción una de sus últimas intervenciones, en la que nos habló magistralmente de los aspectos jurídicos del motín de Fuenteovejuna en la obra de Lope de Vega. Le envié la separata del *Boletín* a uno de los grandes conocedores del tema, mi maestro Francisco López Estrada, quien le escribió inmediatamente reconociendo el interés de su aportación a los estudios lopescos.

Ya casi en la fase final de su enfermedad, cuando hablaba con Don José por teléfono, se consideraba en la obligación de justificarse ante mí por no haber podido cumplir la promesa de disertar una vez más. En eso su vocación académica era absolutamente insobornable.

En los números de nuestro *Boletín* se guardan los textos de todas esas intervenciones, llenas de sabiduría jurídica pero también de valiosas apreciaciones de historiador e incluso del mundo de la literatura. En la ya casi tricentenaria historia de nuestra Academia su legado quedará como el testimonio de un gran jurista

que fue además una persona de muy variados saberes, alguien que encajaba de lleno en el modelo del mejor humanismo de nuestro tiempo, hoy por desgracia escasamente ejercido ; aquél en el que la especialización no coarta sino que estimula la curiosidad universal y en el que el saber de los libros genera una verdadera ética de la conducta. Don José fue por todo ello un hombre cabal y un académico de cuerpo entero. En ambos dominios – queridos académicos, querida familia, queridos amigos suyos- lo estamos echando todos mucho de menos. Que esta sesión que hoy celebramos en su honor sirva para reconocer con toda justicia sus muchos méritos y para alimentar su recuerdo en una ciudad tan olvidadiza como Sevilla.